miércoles, 17 de abril 2013

Una digresión a mis lectores

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/04/an-aside-to-my-readers.html

He comentado varias veces en estos ensayos sobre la forma en que los estadounidenses en particular, y la gente en todo el mundo industrial, en general, parecen pensar que la historia no tiene nada que enseñarles. Es un hábito muy extraño, entre otras cosas porque las lecciones de la historia siguen golpeándolos en la cabeza como un buen garrote que nunca se rompe.

Mi ejemplo favorito, sobre todo porque yo me beneficié personalmente, es cómo las lecciones de las burbujas especulativas nunca parecen hacer mella en nuestra memoria colectiva a corto plazo. Sucede que en mi vida adulta he tenido un asiento de primera fila en cuatro grandes delirios especulativos, y sucede también que el primero de ellos, el período previo a la caída de la bolsa en Estados Unidos de 1987, comenzó justo cuando leí por primera vez la mordaz y divertida historia de John Kenneth Galbraith "The Great Crash 1929". Después llegué a ver desplegarse ante a mis ojos una burbuja bursátil indistinguible de la de 1929, aliñada con la charlatanería habitual sobre las nuevas épocas económicas y posibilidades ilimitadas de subidas en el mercado de valores. Fue una experiencia de aprendizaje, porque no tenía ningún dinero en juego.

Una década después de la crisis de 1987, la misma cháchara se desplegó por segunda vez cuando las acciones tecnológicas comenzaron su ascenso hasta la ionosfera. En ese momento yo estaba viviendo en Seattle, uno de los epicentros de la burbuja tecnológica de las punto.com, y fui abordado más veces de las que puedo recordar por amigos que trabajaban en la industria de la informática y que querían darme la oportunidad de sacar provecho de la nueva era económica y de sus posibilidades ilimitadas de alzas en el mercado de valores. Lo rechacé y, cuando me presionaron, expliqué mis razones con referencia a Galbraith, y a las crisis de 1929 y 1987. La respuesta estándar fue sentir por mí una lástima condescendiente, una conferencia sobre que, obviamente, no sabía nada acerca de acciones tecnológicas, y el elogio entusiasta de libros tales como el popular y tremendamente delirante "Dow 36.000". Poco después, el mercado se desplomó, y el conocimiento detallado de las acciones tecnológicas no les evitó a mis amigos perder hasta la camisa.

Un avance rápido hasta el año 2004, y la misma charlatanería se desplegó de nuevo. Esta vez la inversión de moda era el mercado inmobiliario, y una vez más fui abordado por innumerables amigos que querían ayudarme a sacar provecho de la nueva era económica y sus posibilidades ilimitadas de enriquecimiento. Una vez más, lo rechazamos, y, cuando me apretaron, expliqué mis razones con referencia a Galbraith, las crisis de 1929, de 1987, y la burbuja de las acciones tecnológicas. ¿Cuál fue la respuesta habitual? ¡Acertaste! Una lástima condescendiente, una conferencia sobre la forma en que, obviamente, no sabía nada acerca de las propiedades inmobiliarias, y el elogio entusiasta de libros como el épicamente inoportuno de David Lereah "¿Por qué el boom inmobiliario no se desinflará?" Mi esposa y yo estábamos lo suficientemente seguros de que esta vez quedaríamos fuera de la burbuja inmobiliaria, esperamos al desplome de los precios y compramos la casa en la que ahora vivimos por una absurdamente pequeña cantidad de dinero. Mientras tanto, conocidos que hicieron planes de cómo convertirse en millonarios gracias a los bienes raíces se dieron el batacazo cuando se hundió el mercado inmobiliario.

Si estás atento a los medios de comunicación en estos días, —no sólo los grandes medios, sino también a los alternativos— escucharás el mismo parloteo sobre varias clases de activos diferentes. Entre los que han aumentado meteóricamente en los últimos años, y ahora han visto fuertes caídas, aparece por doquier misma la retórica que vendían David Lereah y los autores de Dow 36.000: no te preocupes por esa caída de los precios, son el resultado de algún factor temporal o de otro tipo, no reflejan los fundamentos, y así sucesivamente. Encontrarás que la misma retórica descrita por Galbraith para los promotores y las víctimas de la crisis de 1929 aparece puntual como un reloj suizo tan pronto como una burbuja especulativa comienza a perder impulso y aumenta de volumen a medida que su base se desmorona.

Sin embargo, si tratas de decirle a la gente que está a punto de ser aplastada por la burbuja actual (que es lo que está sucediendo), obtendrás la misma lástima condescendiente y la misma conferencia acerca de que es obvio que no sabes nada acerca del activo involucrado en esta ocasión. No importan las precisas similitudes, van a insistir en que las dolorosas lecciones enseñadas por cada burbuja especulativa de la historia anterior son irrelevantes para tu estrategia de inversión actual y van a seguir diciéndolo incluso cuando tus predicciones resultan ser acertadas y las de ellos los terminan dejando en cueros. Lo que es más, si dentro de una década empiezan a hablar de cómo están a punto de forrarse mediante la inversión en acciones de minería de torio (o lo que sea) y les señalas que están haciendo exactamente lo mismo que tan caro les salió la última vez, obtendrás exactamente la misma respuesta.

Hay un gran número de factores que alimentan esta extraña y contraproducente ceguera ante las lecciones más dolorosas de la reciente historia financiera. Para empezar, por supuesto, está el desfase cada vez mayor entre el sueño americano de mejorar infinitamente las oportunidades económicas y la realidad americana de disminución constante del nivel de vida para todo el mundo excepto un reducido círculo de gente acomodada. Nuestra mitología nacional hace que sea imposible para la mayoría de los estadounidenses concebir un futuro de contracción y empobrecimiento, por lo que cualquier excusa para creer que los días felices han vuelto atraerá inmediatamente a una audiencia acrítica. Ten en cuenta la extraordinaria niebla de desinformación que rodea la burbuja del fracking, las declaraciones cada vez más fuertes y frenéticas de que la obtención de modestas ganancias temporales en la producción de petróleo gracias al fenómeno de la fractura hidráulica garantizan un futuro de energía abundante y de prosperidad para todos. Es la misma cháchara acerca de una nueva era con potencial de crecimiento ilimitado, pero es aún más popular de lo habitual, porque la alternativa se enfrenta al futuro que se está gestando a nuestro alrededor.

Hay un montón de otras fuerzas que empujan en la misma dirección, seguro. Una de ellas es particularmente relevante para el tema de la serie actual de posts en el Informe del Archidruida . Es el descuido general de un estilo de pensamiento que tiene crucial importancia en la ciencia moderna, pero sigue siendo curiosamente impopular en la cultura americana. A riesgo de asustar a los lectores mediante el uso de una palabra larga, voy a darle su nombre propio: el pensamiento morfológico.

La morfología es el estudio de la forma. Aplicada a la biología fue la fuerza impulsora de la revolución intelectual que hoy asociamos con Charles Darwin, pero ya estaba vigente mucho antes. Johann Wolfgang von Goethe señaló en 1784 que los huesos del cráneo humano son vértebras modificadas que aún conservan su relación original entre sí. En 1790 se extendió la misma lógica a las plantas, al señalarse que todas las partes aéreas de la planta son modificaciones de una estructura primitiva de la hoja. Dos generaciones de académicos se apoyaron en la obra de Goethe para mostrar que toda criatura viviente tiene similitudes estructurales profundas con otras formas de vida, presentes y extintas: los huesos de la pata delantera de un gato, la aleta de un delfín y el ala de murciélago tienen la misma estructura, y el estudio detenido de las tres hace que sea imposible no ver la antigua extremidad craneal de los mamíferos que, hace muchos millones de años, dio lugar a cada una de ellas. El logro de Darwin fue simplemente dar una explicación convincente para los cambios que los biólogos anteriores ya habían esbozado.

La principal oposición a todas estas demandas fue la negativa, consciente y voluntaria, de aplicar los mismos principios morfológicos a los seres humanos. Las investigaciones de Goethe sobre el cráneo, al igual que los estudios de la selección natural de Darwin, se enfrentaron con la virulenta oposición de los que no estaban dispuestos a verse a sí mismos incluidos en la misma categoría que el resto de animales: asustaba darse cuenta, por ejemplo, que los mismos patrones óseos encontrados en ala del murciélago, la aleta de la marsopa y la pata delantera del gato también están presentes en la mano humana. A pesar de ello, el enfoque morfológico triunfó, porque incluso los adversarios de la teoría de la evolución terminaron por usarlo. Georges Cuvier, un famoso biólogo de la generación anterior a Darwin, fue un feroz opositor a las teorías de la evolución pero era capaz de tomar unos pocos huesos fósiles de una criatura extinta, imaginar el aspecto del animal y hacerlo bien.

La morfología es especialmente útil en los campos de estudio en los que es imposible saber las causas del cambio. La biología evolutiva es un gran ejemplo; no tenemos la oportunidad de volver a entrar en las agonizantes selvas del este de África de hace cinco o seis millones de años, sembrar el paisaje de

instrumentos y averiguar exactamente por qué algunos tipos de primates descendieron de los árboles y se asentaron en la sabana en ese tiempo. Lo que tenemos son las huellas morfológicas del abandono del hábitat arbóreo y de las diferentes adaptaciones que permitieron sobrevivir a los primeros primates —las largas extremidades del mono rojo (*Erythrocebus patas)*, los músculos fuertes y dientes afilados de los babuinos, la postura erguida, y así sucesivamente—. A partir de esto, podemos averiguar un poco de lo que pasó con cada uno de los linajes de primates, incluso en ausencia de cintas de vídeo en el Plioceno.

La ciencia tiene sus caprichos y sus modas, como toda actividad humana, y la morfología ha entrado y salido del libro de estilo como herramienta analítica a lo largo de los años. La misma regla se aplica a otros campos del saber, donde la morfología puede ser utilizada. La historia da uno de los ejemplos clásicos. Hay una larga tradición de pensamiento morfológico en la historia, porque las causas de los cambios históricos están generalmente ocultas a los estudiosos del tiempo y por la gran complejidad del pasado. Giambattista Vico, Oswald Spengler y Arnold Toynbee se encuentran entre los más importantes historiadores que comparan civilizaciones para trazar patrones comunes de ascenso y descenso. En estos días ese enfoque ha pasado de moda y otras herramientas de análisis son más apreciadas en la investigación histórica, pero el método sigue siendo útil para dar sentido al pasado y, en ciertas situaciones, al futuro.

Ese es el secreto, o uno de los secretos, del pensamiento morfológico. Si has aprendido a reconocer cómo se manifiesta una secuencia común de eventos y ves que se ponen en marcha las primeras etapas de la misma secuencia, puedes predecir el resultado y por lo general acertarás. Eso es lo que estaba haciendo, aunque todavía no sabía el nombre formal, cuando comparé la burbuja de las acciones tecnológicas, la burbuja de las punto.com de la década de 1980 y ejemplos anteriores de la misma naturaleza, y predije que terminaría en un accidente desordenado y en una ola de quiebras, como por supuesto ocurrió.

Eso es también lo que hacía en los primeros días de este blog, comprendiendo un poco mejor la teoría subyacente, cuando comparaba la retórica confianza de la vida contemporánea de América con la dura realidad de la sobreexplotación (N. del T. ¿Cómo diablos se traduce *overshoot*?), y predije que el precio del petróleo subiría y la economía estadounidense daría tumbos por una curva irregular de contracción, maquillada por trucos estadísticos y triquiñuelas de ingeniería financiera, como por supuesto ocurre. Eso es también, en un sentido diferente, lo que estoy haciendo en la actual secuencia de posts, en los que estoy discutiendo la fe popular en la inevitabilidad y la bondad del progreso en comparación con otras religiones civiles y, en términos más generales, también con las religiones teístas.

Durante las últimas semanas, al ir explorando esa comparación, he cosechado bastantes comentarios que insisten en que compararlas es inadmisible. Algunos de los comentarios asumen que llamar “religión civil” a la moderna fe en la inevitabilidad y la beneficencia del progreso debería equivaler a una crítica de esa fe, o tal vez la táctica del polemista para justificar diversos alegatos sobre aspectos incómodos de la religión del progreso. Me resulta interesante que los que han hecho estas observaciones aparentemente no consideraron la posibilidad de que una persona religiosa, el jefe de una organización religiosa y autor de un buen número de libros sobre temas religiosos (todo lo que yo no soy) podría utilizar la palabra "religión" como algo peyorativo.

Otra parte de esos comentarios proviene de personas que al parecer, o bien no leen o no entienden los párrafos del comienzo de mis dos últimos mensajes que explican que “religión” no es una cosa específica y concreta, sino más bien una categoría abstracta en la que se puede incluir un diverso surtido de creencias, prácticas e instituciones humanas. Estos son los comentarios que insisten en que la fe en el progreso no puede ser una religión porque las religiones, por definición, creen en cosas cuya existencia no se puede demostrar, o lo que sea. Pero, por supuesto, vale la pena preguntarse de donde vienen tales definiciones, y lo bien que se ajustan en la práctica a los hechos sobre el terreno, pero hay otro punto a considerar.

Las creencias, prácticas e instituciones humanas rara vez tienen estampado el rótulo "Esto es una religión". Son, por lo general, las personas cuyas culturas tienen la categoría de "religión" entre sus abstracciones de orden superior las que hacen esa valoración. Todas las valoraciones, los medios para

establecer criterios, lo que significan es que, a los ojos de las personas que los aplican, las cosas reunidas bajo la etiqueta de "religión" tienen mucho en común por lo que tiene sentido hablar de ellas como miembros de una categoría común.

Cuando hablamos de las religiones (cristianismo, fe druídica, la fe en el progreso, lo que sea) estamos hablando de categorías abstractas, aunque son abstracciones de un orden inferior, lo que trasluce en una constelación de creencias, prácticas, instituciones y cosas parecidas que se pueden observar juntos en casos específicos en el mundo real: por ejemplo, *esta* persona en *este* edificio reza a *esta* deidad con palabras extraídas de *esta*s escrituras. Estas instancias específicas son las realidades concretas que hacen que las abstracciones sean herramientas útiles para la comprensión. Para tomar prestada una cita del filósofo José Ortega y Gasset: "El resumen no es más que un instrumento, un órgano, para ver claramente lo concreto." Por supuesto, podría decirse que una abstracción dada no se puede utilizar para ver con claridad alguna realidad concreta, pero es bastante razonable considerarlo antes de hacer el experimento.

Un matiz interesante sobre este último punto viene de un comentarista que insiste, citando a un académico de estudios religiosos de la India, que el concepto "religión" es puramente una noción occidental moderna y no se puede utilizar fuera de ese contexto. Dado que estoy discutiendo la fe en el progreso como una religión civil del mundo occidental moderno, usando un idioma occidental moderno, es difícil ver cómo se aplica esta crítica, pero también hay un problema más profundo. Se da la circunstancia de que una minoría notable de las lenguas del mundo no tienen palabra para expresar el color naranja. ¿Eso quiere decir que los hablantes de dichas lenguas no perciben la luz en las longitudes de onda pertinentes? Por supuesto no; simplemente usan diferentes palabras para dividir el espectro de color.

De la misma manera, algunas de las lenguas y las culturas del mundo no encuentran útil la abstracción de orden superior "religión". Los fenómenos asignados a la categoría "religión" sí que existen en dichas lenguas y culturas (puedes encontrar, por ejemplo, que palabras con significados como "deidad", "culto", "templo", "oración", "ofrenda ","escritura", y similares se pueden encontrar en un gran número de lenguas que no tienen una palabra para "religión" como tal. Dado que estamos teniendo esta discusión en un idioma occidental moderno (español) y hablando de un patrón en una sociedad occidental moderna (la sociedad estadounidense contemporánea), es razonable utilizar los recursos del idioma para disponer de categorías útiles, y la palabra "religión" es una de esas.

Por último, están los comentarios que asumen que cualquier persona que tenga dudas de que el progreso puede continuar indefinidamente simplemente odia el progreso y pretende a largo plazo el retorno a la miseria primitiva, o lo que sea. Recibo comentarios de esta clase con regularidad y también lo hacen otros escritores y bloggers que lanzan ese tipo de preguntas. Pero adquirir esa idea tan popular, es algo chocante. Es como si alguien fuera a decir que si cualquier persona que nota el frío en el aire, ve las primeras hojas muertas en septiembre y reconoce que el otoño está en camino, por la misma regla de tres debe odiar el verano, o que la persona que llama a su puerta a las dos de la mañana gritando "¡tu casa está en llamas!" es un pirómano que quiere quemarte vivo.

El exceso de parloteo sobre el progreso en las últimas décadas me parece que se ha centrado obsesivamente en el etiquetado de “es bueno o malo” y se quedó allí. Ese tipo de análisis simplista no me interesa. Lo que me interesa es la relación entre los tres últimos siglos de drásticos cambios sociales y tecnológicos y el impacto de los tres próximos siglos. La actual fe generalizada que da forma a gran parte de la corriente cultural en la mayoría de las naciones industriales modernas es una parte crucial de esa relación. Mientras conserva su papel actual en la vida pública, tiene mucho que decir acerca de qué ideas y proyectos son aceptables y cuáles no lo son. Si hace implosión, como ocurre muy a menudo a las religiones civiles bajo ciertas circunstancias previsibles, qué enormes consecuencias tendrá para la política, la cultura y la forma del futuro.

Por lo tanto me gustaría pedir a mis lectores a que tengan paciencia conmigo en las semanas y meses por delante si la descripción de la fe en el progreso como una religión civil no tiene sentido obvio para ellos y que traten de ver la moderna fe en el progreso como una categoría abstracta de religión, usando el mismo tipo de pensamiento morfológico he discutido anteriormente. Admito libremente que un

delfín no se parece mucho a un murciélago, y ninguno de los dos se parece mucho a un ser humano. Si colocas los huesos de la aleta de una marsopa junto a los huesos del ala de un murciélago, y luego los comparas con los huesos de la mano, es posible aprender cosas que son mucho más difíciles de entender en cualquier otro contexto. De la misma manera, si ponemos la fe contemporánea en el progreso junto a los sistemas de creencias que han definido los presupuestos básicos que dan sentido y valor a otras sociedades, ciertos patrones se vuelven claros y esos patrones cobrarán gran importancia en el futuro.